

LORD BYRON

B E P P O



se

Beppo, a Venetian Story, es un poema breve de George Gordon Byron (1788-1824), publicado en 1818. Es la primera tentativa de Byron de poema burlesco sobre modelo italiano (Pulci, Casti), un género en el que más tarde había de escribir su obra maestra: *Don Juan*; imitando a los burlescos italianos, Byron seguía el ejemplo de John Hookham Frere (1769-1846), cuyo poema breve heroicocómico, *Whistlecraft*, había aparecido en 1817-1818.

OceanofPDF.com



Lord Byron

Beppo

ePub r1.0

Titivillus 28-08-2022

OceanofPDF.com

Título original: *Beppo, a Venetian Story*

Lord Byron, 1818

Traducción: Ricardo Canales

Diseño de cubierta: diego77

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



OceanofPDF.com

I. Es sabido, o a lo menos bueno es saberlo, que en todos los países católicos, algunas semanas antes del martes de Carnestolendas, tanto la gente de más baja esfera como la de la más alta sociedad, acostumbra a entregarse a todo género de diversiones y busca motivos de arrepentimiento antes de hacerse devota, tocando violines, celebrando banquetes, bailando, bebiendo, disfrazándose y haciendo todo género de locuras.

II. Cuando la noche vela los cielos con su negro manto (cuanto más oscura, mejor es) comienza el tiempo que gusta más a los amantes que a los maridos; la gazmoñería se ve libre de sus trabas y la alegría se balancea de puntillas, moviéndose siempre y holgándose con los galanteadores todos que la rodean. Entonces es cuando se oyen canciones y estribillos, gritos y gorjeos, vihuelas y toda clase de instrumentos de música.

III. Allí se ven trajes que, si bien extravagantes, son espléndidos, máscaras de todas las épocas y de todas las naciones; turcos y judíos; arlequines y clowns^[1]; griegos y romanos; yankeedoodles^[2] e indous; en fin todo género, de trajes menos el eclesiástico: puede a su antojo escoger cada cual el que le plazca; pero nadie en este país puede poner en ridículo al clero. Tenedlo advertido, pues, vosotros libres pensadores^[3]: os lo recomiendo.

IV. Más os valiera ir cubiertos de espinas en vez de vuestros vestidos o capas, que ponerlos la menor cosa que aludiera a los frailes; por más que juraseis que solo lo hicisteis para divertirlos, se os colocaría sobre tizones encendidos; alimentarían las llamas del Flegeton^[4] con lo que no viene al caso decir y no se celebraría una sola misa para enfriar el agua de la caldera

en que serían cocidos vuestros huesos, a no ser que las pagarais a doble precio.

V. Pero exceptuando esto, podéis ponerlos lo que queráis, ya sea jubón, manta o capa, para presentaros de un modo serio o cómico, según sea lo que halléis en Monmouth-Street^[5] o en cualquiera otra prendería^[6]. Encuéntranse en Italia sitios parecidos a estos, aunque tienen todos más bonitos nombres, pronunciados con más dulce acento; porque si no es en Covent-Garden^[7], no sé que haya en toda la Gran Bretaña lugar alguno que se llame Piazza.

VI. Titúlase esta fiesta *el carnaval*, palabra que, si se la interpreta bien, significa despido a la carne; y el nombre concuerda efectivamente con la cosa, pues durante toda la cuaresma no se ve más que pescado salado o fresco. ¿Pero por qué la cuaresma va precedida de tanto bullicio? En verdad, no lo sé, aunque me parece que debe ser por la misma razón que vaciamos nosotros nuestras copas cuando nos despedimos de algún amigo en el momento de subir a la diligencia o de meternos en la embarcación.

VII. De esta manera se da el despido a los platos de carne, a los manjares fuertes y a los guisados cargados de especias para vivir, por espacio de cuarenta días, comiendo pescados mal aderezados, pues en tales países condimentan sin salsas, todo lo cual motiva tanto *puf*, y tanto terno, y tanta imprecación (que repugnan a la Musa) por parte de los viajeros acostumbrados desde niños a comer sus salmones con salsa, a lo menos, o dolic del Japón^[8].

VIII. Os recomiendo, pues, encarecidamente, oh vosotros, amantes del pescado con salsas que, antes de atravesar el mar digáis a vuestro cocinero, o a vuestra esposa, o a un amigo, que a pie o a caballo se llegue hasta Strand^[9] y compre (y si habéis ya marchado os envíe con las debidas precauciones) una provisión de ketchup, de soy, de vinagre de Chili y de Hervey^[10], pues de lo contrario una cuaresma os hará perecer casi de hambre de parte de Dios.

IX. Esto, si vuestra religión es la romana y queréis obrar en Roma como los romanos, según el adagio —aunque ningún extranjero está obligado a ayunar; y si sois protestantes, o estáis enfermos, o sois mujeres, preferiréis comer con un guisado, aunque pequéis—. ¡Comer y ser condenado! No quiero que me tengan por grosero, pero este es el castigo por no decir una cosa peor.

X. Entre todas las ciudades en que el carnaval era en otro tiempo el más alegre, más rico en danzas, cantos, serenatas, bailes, mascaradas, pantomimas, cabalgadas y demás diversiones que no tengo ahora ni tendré nunca ocasión de citar, descollaba y se llevaba la palma Venecia; y precisamente en la época en que fijo mi narración, hallábase la ciudad, hija de los mares, en todo el apogeo de su gloria.

XI. Tienen aún lindos rostros las venecianas de nuestros días: ojos negros, cejas bien arqueadas, fisonomía dulce como las que se copiaban de los griegos en las artes antiguas tan mal imitadas por los modernos: cuando se asoman a sus balcones se asemejan a las Venus de Ticiano (la mejor existe en Florencia, si os place podéis ir a verla) o creeríase ver como toma vida una figura de un cuadro de Giorgione^[11].

XII. En él son los colores la más admirable expresión de la belleza y de la verdad. Cuando visitéis el palacio Manfrini podréis ver aquel cuadro, que aunque bellos también los demás, es para mí el más maravilloso de toda la galería. Quizás sea el mismo vuestro gusto; he aquí por qué hablo de él en mis versos. Verdad es que no es sino el retrato de su hijo, el de su esposa y el del mismo pintor; pero ¡qué esposa!... ¡es la personificación del amor!

XIII. Del amor grande como la naturaleza y realmente dotado de vida, no ese amor ni esa belleza ideales que no son más que un lindo nombre; algo mejor aún y de tanta verdad como debía exactamente serlo el modelo. Es un cuadro que vosotros compraríais, o pediríais, o robaríais, si posible fuera robarlo —otra cosa que no fuera esto sería criminal. Aquel rostro os

recuerda otro rostro, pero sin que sepáis cual, que habéis visto una sola vez y que nunca más volveréis a ver;

XIV. una de aquellas formas que se deslizan ante nosotros cuando jóvenes y en los tiempos en que dirigimos nuestras miradas a todos los rostros: las vemos apenas y han ya desaparecido: aquellas lágrimas, aquella gracia delicada, aquella frescura, aquella belleza, la descubrimos en toda criatura sin nombre, cuyas huellas no sabríamos ni sabremos encontrar jamás al igual que las de la Pléyada perdida^[12] que no se ha vuelto a ver sobre la tierra.

XV. He dicho que las venecianas eran como un retrato de Giorgione, y lo son, efectivamente, sobre todo cuando se las ve en sus balcones (algunas veces la belleza obtiene ventaja contemplada a cierta distancia); desde ellos y semejantes a una heroína de Goldoni, echan una mirada a través de la celosía o por sobre el pasamano, y a decir verdad, son generalmente muy bonitas y desean ser vistas, ¡lo que es muy sensible!

XVI. Porque la vista engendra las miradas, las miradas los suspiros, los suspiros los deseos, los deseos las palabras, las palabras una carta que vuela en alas de los Mercurios de pies ligeros, los cuales se ocupan en este oficio porque no conocen otro mejor; ¡y entonces sabe Dios qué desgracia puede sobrevenir cuando el amor une en un solo lazo a dos jóvenes corazones! Contad las citas, los culpables, los lechos adúlteros, los raptos, las violaciones de los juramentos, corazones destrozados y las cabezas rotas^[13].

XVII. Shakespeare ha pintado el sexo en Desdémona como muy amable, pero de una reputación sospechosa; y desde entonces hasta nuestros días, desde Venecia a Verona, las cosas han permanecido probablemente en el mismo estado, exceptuando que después de aquella época no se ha encontrado nunca un marido a quien una simple sospecha haya podido enardecer hasta el extremo de ahogar a una mujer de veinte años^[14] porque tenía un galán que le hacía la corte.

XVIII. Sus celos (si es que son celosos) son muy comedidos y de ninguna manera parecidos a los de aquel negro diablo de Otelo, que ahoga las mujeres dentro de un lecho de plumas, sino más propios de esos seres tan alegres que cuando se han cansado del yugo matrimonial no quieren por una mujer romperse la cabeza, pero toman al momento otra o la de otro.

XIX. ¿Habéis visto alguna vez una góndola? Recelando la negativa, voy a describíroslo exactamente: es un largo batel tapado, muy común en Venecia, con esculpido en la proa, ligera, pero sólidamente construido, y tripulado por dos remeros llamados gondoleros. Estas góndolas se deslizan por el agua, negras como un ataúd colocado dentro de una canoa, y en las que nadie puede saber lo que decís o hacéis.

XX. Cruzan en todas direcciones las dilatadas lagunas, pasan de improviso por debajo el Rialto, de día y de noche, veloz y lentamente, y forman alrededor de los teatros como una faja negra, aguardando con sus sombrías libreas de luto; pero no por esto son su móvil las cosas tristes, pues, algunas veces ocultan muchas alegrías, al igual que los coches de un entierro tras el aparato funerario.

XXI. Pero empiezo mi historia. Han transcurrido ya algunos años, habrá como unos treinta, o cuarenta, o cosa así; encontrábase el carnaval en todo su brillo lo propio que todo género de bufonadas y de disfraces. Una dama fuese a ver las máscaras; no sé ni puedo adivinar su verdadero nombre y por lo tanto, si queréis, la llamaremos Laura, ya que este nombre entra con facilidad en mis versos.

XXII. No era ni vieja ni joven ni había llegado al número de años que algunos llaman *cierta edad*, y que a mí me parece la más incierta, pues nunca he oído decir que se haya alcanzado, ni yo mismo jamás he conseguido tampoco que nadie ni por ruegos, promesas o lágrimas haya dicho o definido, verbalmente o por escrito, la época fija señalada con semejantes palabras —y esto es ciertamente absurdo en demasía.

XXIII. Laura era todavía hermosa y había sacado del tiempo el mejor partido, y el tiempo en justa correspondencia habíala pagado en la misma moneda, tratándola bien; de manera que por lo compuesta presentábase en todos los sitios a donde iba a satisfacción de todos. Una mujer bonita es siempre bien recibida, y raras veces habíase Laura mostrado descontenta; al contrario, siempre estaba sonriendo y con sus negros ojos parecía lisonjear a los hombres invitándoles a que la contemplaran.

XXIV. Era casada y es conveniente advertirlo, pues en los países cristianos forma una regla general el mirar con buenos ojos los pequeños deslices de una mujer casada, mientras que si una señorita comete algún disparate (a menos de que durante el tiempo exigido logre un matrimonio a propósito para evitar el escándalo) no sé de qué modo podrá salirse de ello, si es que no sabe arreglarse para que nunca se le descubra.

XXV. Su marido recorría el Adriático y hacía también algunos viajes por otros mares; cuando estaba en cuarentena (precaución de cuarenta días contra las enfermedades) subía su esposa alguna vez al piso más elevado, porque desde allí podía fácilmente distinguir el barco. Era un comerciante que negociaba con Alepo: su nombre era Giuseppe, pero abreviándolo se le llamaba Beppo^[15].

XXVI. Era un hombre tan moreno como un español, tostado por el sol, cuyos rigores debía aguantar en sus viajes, y a pesar de esto era hermoso aunque teñido en cierto modo dentro una tenería: estaba dotado a la vez, de valor y de energía. Jamás mejor marino tripuló un navío; y Laura, si bien sus modales no denotaban mucha austeridad, era considerada como mujer de muy rígidos principios hasta el punto de pasar por ser casi invencible.

XXVII. Pero habían transcurrido algunos años desde la última vez que se vieron; creían algunos que el barco había naufragado; otros que Beppo había desaparecido, contrayendo algunas deudas y que se inquietaba muy poco por volver a Venecia; y otros finalmente ofrecían apostar que regresaría o no regresaría; pues la gran mayoría de los hombres (y esto

hasta que alguna pérdida les haya vuelto más prudentes) sostienen su parecer por una apuesta.

XXVIII. Cuéntase que la última separación había sido patética conforme lo son o deben serlo todos los despidos, y que cuando Beppo hubo dejado a su Ariadna del Adriático, arrodillada con tristeza en la ribera, su presentimiento habíase convertido de improviso en profético, como si nunca más debieran volverse a ver (especie de sensación enfermiza y semi-poética de la cual yo mismo he visto dos o tres ejemplos).

XXIX. Laura aguardó largo tiempo, lloró un poco y pensó llevar el luto tan bien como pudiera. Perdió casi del todo el apetito y estando sola por la noche no alcanzaba a conciliar tranquilamente el sueño. Parecíale oír como si las ventanas y los postigos resistiesen a los esfuerzos de un atrevido ladrón o de algún espíritu, y por ello juzgó lo más prudente el proporcionarse un vice-marido principalmente para que la protegiera.

XXX. Mientras aguardaba que Beppo regresara de su largo viaje y alegrase de nuevo su fiel corazón, escogió Laura (¿qué es lo que no escogería una mujer por temor de que no aparentéis oponeros a su elección?) escogió, digo, una especie de hombre que algunas mujeres quieren y del cual sin embargo se burlan. Era, según repetía la voz pública, un petimetre, un conde, se decía, tan rico como noble y muy pródigo en medio de sus placeres.

XXXI. Era un conde y sabía componer música, bailar, tocar el violín y hablar francés y toscano; debo advertiros que este último idioma es algo difícil: pocos son los italianos que hablan la verdadera lengua etrusca. Era un crítico en materia de óperas; conocía todos los secretos del coturno y no había auditorio alguno en Venecia que pudiese sufrir un canto, una escena o un aria cuando él gritaba *Seccatura*.

XXXII. Su *bravo* era decisivo; la academia escuchaba esta palabra en medio de un respetuoso silencio. Temblaban los músicos cuando se encontraban con su mirada por miedo de dar una nota falsa: y de tal manera

temía la *prima donna* el terrible anatema de su ¡bah! que su armonioso corazón daba saltos dentro su pecho. Soprano, bajo y contralto le hubieran visto a las mil maravillas a cinco varas debajo del Rialto.

XXXIII. A quienes otorgaba toda su protección era a los *improvisatori*; además, él mismo sabía improvisar algunas estrofas, escribir versos, cantar algún aria, referir una historia, vender cuadros y bailar con la gracia de los italianos, aunque en esta gloriosa cualidad, deben ceder ciertamente el puesto a los bailarines franceses. En una palabra, era un perfecto *cavaliere* y un héroe hasta para su ayuda de cámara.

XXXIV. Era después tan fiel como apasionado, por manera que ninguna mujer podía quejarse aunque ellas están sujetas de cuando en cuando a regañar: nunca hacia sufrir sus hermosas almas^[16]. Su corazón era uno de aquellos que nos obligan a ser extremadamente apasionados. Cera para recibir una impresión y mármol para conservarla, era uno de los amantes de la antigua escuela, los cuales se vuelven cada día más constantes a medida que se enfrían.

XXXV. ¿Causará ningún asombro el que tantas perfecciones hubiesen trastornado una cabeza de mujer, por más prudente y experimentada que fuese, cuando ya no esperaba casi que Beppo tornase? Para el caso, era como si hubiese muerto, pues ni enviaba noticias suyas, ni escribía, ni daba señal alguna de interés, y Laura le aguardaba muchos años había: a la verdad, si un hombre no sabe manifestarnos que está vivo es que ha muerto o debería morir.

XXXVI. Por otra parte, más allá de los Alpes (¡Dios sabe cuán enorme es este pecado!) puedo yo decir que está permitido a toda mujer el tener dos hombres: ignoro quien fue el primero que introdujo esta costumbre; pero los *caballeros servidores* son comunes, nadie se cuida ni se inquieta por ello, y muy bien podemos nosotros llamar a esto (por no decir otra cosa peor) un *segundo* matrimonio que malea al *primero*.

XXXVII. En tiempos pasados su verdadero nombre era *cicisbeo*, pero hoy día ha venido a ser vulgar e indecente; los españoles le llaman *cortejo*, pues aun que más reciente existe en España la misma moda^[17]: en una palabra, recorre desde el Po hasta el Tajo y puede por fin algún día ser trasportada más allá del Océano. Pero ¡libre el cielo a la vieja Inglaterra de semejante costumbre! de lo contrario, ¿a dónde irían a parar los intereses perjudicados y los divorcios?...

XXXVIII. Pienso, sin embargo, salvo el respeto debido en la creación a las señoritas, que las mujeres casadas deberían preferir siempre las conferencias a solas o la conversación general —y esto lo digo sin intento de aludir particularmente a la Gran Bretaña, a la Francia o alguna otra nación—; porque las damas que conocen el mundo están a su gusto y con su naturalidad, agradan naturalmente.

XXXIX. Razón tenéis en decir que vuestra joven Miss, naciente capullo, es encantadora pero que es tímida y está turbada durante una primera entrevista; tan alarmada que hasta llega a alarmar, toda arrumacos y pudor; mitad halagüeña, mitad mohína, y mirando siempre a su mamá por temor de que haya algo que censurarse en lo que se haga, ya por parte vuestra, ya por parte de ella, ya de los demás; hay en todo lo que ella dice algo que recuerda el aposento reservado a las niñas; por otra parte, una Miss encuentra siempre gusto en una rebanada de pan con manteca.

XL. Pero el galán cortejante, tal es la frase que emplean en los círculos más distinguidos para señalar a este esclavo supernumerario, que se encuentra prendido de una dama cual si formara parte de su vestido, obediente a una sola palabra suya como a su única ley, no es un bocado sin hueso, estáis en lo cierto; él va a buscar el coche, los criados, la góndola, y lleva el abanico, el manguito, los guantes y el chal.

XLI. Debo confesar que la Italia, a pesar de sus pecados, es una mansión encantadora para mí que gozo en ver brillar el sol todos los días y a la vid no pegada a las paredes con espalderas, sino corriendo en festones

de uno a otro árbol, semejante a las decoraciones de una ópera o de un melodrama que atrae a la multitud, cuando termina el acto primero con un baile en medio de viñedos copiados del mediodía de Francia.

XLII. Me gusta pasearme a caballo en las tardes de otoño sin que me vea obligado a encargar a mí *groom* que no olvide mi capa por no estar seguro el tiempo: sé igualmente que si me detengo en el camino cuando una verde alameda me encanta con sus revueltas o en tanto que unos carros cargados de rojos racimos me impiden el paso, en Inglaterra encontraría tan solo humo, polvo o una carreta de cerveza.

XLIII. Me gusta también comer rodeado de papafigos, ver cómo el sol se encamina a su ocaso con la seguridad de que volverá a salir al siguiente día, no dirigiendo una débil mirada y pestañeando por entre las brumas de la mañana como la que despiden los ojos desmayados de un borracho, en medio de la tristeza del desorden, sino iluminando con sus rayos el cielo todo, y anunciando un día hermoso y sin nubes, en lugar de esa especie de vela de sebo tan miserable que alumbra allí donde flota el húmedo vapor de la caldera de Londres.

XLIV. Amo la lengua italiana, ese dulce y bastardeado latín, que fluye como besos de la boca de una mujer y resuena como si estuviese escrito encima del raso con sílabas articuladas por el soplo del mediodía, y acentos tan limpios, tan tiernos, que no nos parece bárbaro como nuestro silbido septentrional, nuestro gruñido gutural, que nos obliga a silbar, escupir y vomitar.

XLV. Amo también a las italianas (perdonad mi locura), desde la aldeana de mejillas vivamente sonrosadas morenas como el bronce y negros ojos que despiden una andanada de sus brillantes miradas que expresan un millón de cosas, hasta la gran dama, de rostro más melancólico, pero más blanco, de tierna y vaga mirada, con el corazón en sus labios, el alma en sus ojos, dulce como el clima, deslumbrante como su hermoso cielo.

XLVI. ¡Eva de esta comarca que es un eterno paraíso! (¿No inspiraste tú a Rafael que murió en tus brazos, belleza italiana), a Rafael que te iguala por sus creaciones con cuanto conocemos del cielo, o con todo cuanto podemos desear de lo que él nos ha legado? ¿Cómo, aun pidiendo prestados sus más sublimes acordes a la lira, se atrevería la palabra a pintar tus encantos pasados y presentes, cuando aún Canova puede crear sobre la tierra?

XLVII. Con todos tus defectos, te amo aún, Inglaterra, dije en Calais, y no lo he olvidado; me place el hablar y el platicar tanto cuanto quiera; me gusta el gobierno (pero no cómo se porta), me gusta la libertad de la prensa y de la pluma, me gusta el *habeas corpus* (cuando gozamos de él), me gusta un debate parlamentario sobre todo cuando éste no tiene lugar a una hora muy avanzada^[18];

XLVIII. me gustan los impuestos cuando no son muy numerosos; me gusta un fuego de hornaguera cuando no cuesta muy caro; me gusta también un *beefsteak* tanto como a otro; nada tengo que decir contra un jarro de cerveza. Me gusta el clima cuando no está lluvioso, es decir, me gustan dos meses del año. ¡Así Dios salve al regente, a la iglesia y al rey! lo que significa que me gusta todo,

XLIX. nuestro ejército permanente, nuestros marinos licenciados, el impuesto de los pobres, la reforma parlamentaria, la deuda nacional, nuestros pequeños motines que bastan para probar que somos libres, nuestras ligeras bancarrotas en la Gaceta, nuestro nebuloso clima, nuestras frías mujeres: todas esas cosas de las que puedo perdonar unas y olvidar otras; respeto mucho nuestros recientes triunfos, y siento que sean debidos a los torys.

L. Pero vuelvo a mi historia de Laura —porque opino que la digresión es un pecado que por grados se hace muy enojoso para mí y puede por consiguiente disgustar también al lector, al bondadoso lector que puede convertirse en enemigo y haciendo poco caso del gozo del autor, puede

exigir se le haga comprender lo que éste quiere decir, situación penosa y desdichada para un poeta.

LI. ¡Oh! ¡que no posea yo el arte de escribir con facilidad lo que sería fácilmente leído! ¡que no pueda trepar al Parnaso en el que las musas os inspiran esos lindos poemas que nunca están faltos de oportunidad! ¡cuán prontamente daría a la stampa (para deleitar al mundo) un cuento griego, sirio o asirio! ¡cómo os vendería algunas muestras del más puro orientalismo mezclado con el sentimentalismo del Occidente!

LII. Soy así como un individuo sin nombre (un *dandy* desacreditado al comenzar apenas mis viajes). Para buscar a mis versos algún consonante, tomo el primero que me ofrece el diccionario de Walker; y cuando no puedo bailar alguno de pasadero, busco uno malo, importándome poco lo que puedan decir los críticos; casi siento deseos de descender a la prosa, pero el verso está más a la moda. —Allá van versos.

LIII. El conde y Laura hicieron su nuevo arreglo, que duró, como duran algunas veces los arreglos, durante una media docena de años sin interrupción; tenían ellos sus pequeñas diferencias, esas riñas de celos que nunca ocasionaron una ruptura: en semejantes negocios hay pocas personas que no hayan tenido algunos disgustos de este género, desde los más elevados pecadores hasta la canalla.

LIV. Pero a pesar de todo formaban ellos una dichosa pareja, tan dichosa como podía serlo un amor ilegítimo: era tierno el galán, bella la dama, y tan ligeras sus cadenas que no valía la pena de romperlas. Mirábales el mundo con aire indulgente; solo las almas piadosas deseaban que les llevase el diablo; que no les llevó, porque con mucha frecuencia el diablo prefiere aguardar, y respeta a los viejos pecadores para que sirvan de cebo a los jóvenes.

LV. Y ellos eran jóvenes: —¡ah! ¿qué sería el amor sin la juventud? ¿qué sería la juventud sin el amor? presta la juventud al amor sus placeres, su dulzura, su fuerza, su sinceridad, el corazón, el alma, y todo cuanto

parecen presentes del cielo; pero languideciendo con los años el amor se hace insufrible. Es del corto número de cosas que no se aprovechan de la experiencia y quizá esta es la razón porque la gente vieja es siempre celosa tan sin motivo.

LVI. Era el carnaval, he dicho treinta y seis estrofas antes, y del modo que hacía Laura los preparativos ordinarios que hacéis vosotros mismos cuando os preparáis para ir por la noche al baile de máscaras de M. M. Bohem^[19], para ser espectador o actor en la fiesta: la sola diferencia entre los dos casos, es que aquí tenéis seis semanas de figuras disfrazadas.

LVII. Laura (como lo he cantado ya) cuando se vestía era una linda mujer, si es que nunca lo fue, fresca como el ángel de la muestra de una nueva hostería, o el frontispicio de un nuevo *magazine*, que encierra todas las modas del último mes, iluminadas, con un papel plateado entre el grabado y el título para evitar que la tinta de los caracteres manche algunas partes del figurín.

LVIII. Fueron al Ridotto, que es un edificio donde los venecianos danzan, cenan y vuelven a danzar: el nombre propio de la reunión era el de *baile de máscaras*, lo que no tiene gran importancia para mis versos; es (en menor escala) lo que nuestro Vauxhall^[20], si bien la lluvia no puede desbaratar la fiesta. La concurrencia es heterogénea^[21] (lo que quiere decir que no merece vuestra consideración).

LIX. Porque una *concurrancia heterogenea* significa, que excepto vos y vuestros amigos y algunos centenares de personas aun, con los que podéis cambiar vuestro saludo sin tomar un aire grave, el resto es una turba vulgar, plaga de los sitios públicos, donde esas gentes desprecian bajamente la mirada *fashionable* de dos o trescientas personas bien nacidas llamadas *buena sociedad*, sin que yo que la conozco, pueda adivinar la razón.

LX. Esto sucede en Inglaterra; esto sucedía al menos durante la dinastía de los *dandys*, a la cual quizás ha sucedido otra clase de imitadores imitados: ¡con cuanta rapidez ¡ay! declinan los demagogos de la moda! todo

aquí abajo es frágil; ved cómo el mundo ha sido fácilmente perdido por el amor o la guerra, y de vez en cuando también por el frío.

LXI. Napoleón fue aplastado por el Thor septentrional que aniquiló con su manto de hielo a su ejército detenido por los *elementos* como un barco ballenero, o un novicio que todavía tartamudea en sus lecciones de gramática francesa^[22]. Había más de un poderoso motivo para dudar de los lances de la guerra; y en cuanto a la fortuna —no me atrevo a *condenarla*, pues si me ponía a meditar en lo infinito, acabaría por creer en su divinidad^[23].

LXII. Ella dirige el presente, el pasado, el porvenir; ella nos procura la suerte en la lotería, el amor, el matrimonio: no puedo hasta aquí decir que haya hecho mucho por mí; sin que por eso desespere de sus bondades, no habremos aún cerrado nuestras cuentas y veremos hasta qué punto ella me indemnizará de mis pasadas desventuras. Mientras tanto, no importunaré ya a la diosa más que para agradecerse cuando haya hecho *mi fortuna*.

LXIII. Pero volvamos una vez más a nuestra historia. —El diablo anda en ella; esta historia se me desliza incesantemente por entre los dedos, porque si la caprichosa estrofa me lo ordena, preciso es obedecerla. —He ahí lo que entorpece la narración. Este metro una vez adoptado no puedo cambiarlo y estoy obligado a seguir fielmente el aire y la medida como los cantores públicos; pero si una vez abandono el metro actual, tomaré otro en el que tenga facilidad.

LXIV. Fueron al Ridotto (que es un paraje a donde quiero ir esta misma noche, tan solo para distraerme un instante de mi abatimiento y para que allí se reanimen un poco mis sentidos adivinando qué persona es la oculta bajo cada máscara; y si mi melancolía se aliviase de vez en cuando, haría o hallaría alguna cosa que me permitiese dejarla a un lado durante una media hora).

LXV. Laura atraviesa gozosa la multitud con la sonrisa en sus ojos y sobre sus labios: habla muy quedo a unos, alto a otros: a estos de aquí les

hace una reverencia, a los de allá un saludo más ligero; se queja del calor y oído por su amante, éste le trae la limonada; — bébela a pequeños sorbos, —después ella mira y se aflige por sus mejores amigas viéndolas tan mal vestidas.

LXVI. Lleva cabello postizo la una, sobrado afeitado la otra, —¿dónde ha ido a buscar este horrible turbante, la tercera? Está tan pálida la cuarta que ella teme esté a punto de desvanecerse; tiene la quinta un aire vulgar, desmañado y ordinario. —El traje de seda de la sexta ha tomado un tinte amarillento; la muselina tan delgada de la séptima le traerá desgracia; y he aquí que aparece la octava... «Ya no veré más», de miedo que como los reyes de Banquo, el número no llegase a la vigésima.

LXVII. Mientras que así se entretenía en mirar a los demás, era también ella el blanco de las miradas... Escuchaba a los hombres que, como acostumbran, le prodigaban a media voz dulces palabras, muy resuelta a no marcharse hasta que terminaran; tan sólo las mujeres se asombraban extraordinariamente al ver que a pesar de la edad que contaba, tuviese tan gran número de admiradores; —pero los hombres están tan rebajados que esas criaturas de cara de bronce satisfacen siempre su gusto.

LXVIII. Por mi parte ni hoy ni nunca he podido comprender por qué las mujeres inmodestas... —pero no quiero discutir una cosa que es un escándalo para el país; todavía no veo por qué esto es así; y si yo vistiese el traje talar, para tener el derecho de atacarlo, predicaría tanto sobre este tema que Wilberforce y Romilly citarían mí homilía en su próximo discurso.

LXIX. En tanto que Laura estaba así ocupada en ver y en —ser vista—, sonriendo, charlando sin saber de qué y sin inquietarse, con tal que sus amigas, ardiendo de envidia, fuesen testigos de sus ademanes y de su triunfo, y que los hombres bien puestos continuasen desfilando, inclinándose al pasar y cambiando algunas palabras con ella, una persona parecía mirarla más que las otras y con una insistencia verdaderamente extraña.

LXX. Era un turco de color de caoba: Laura le distinguió, alegrándose desde luego, porque los turcos admiran mucho la filoginia^[24], aunque su manera de tratar con las mujeres sea triste; dicen que no guardan más consideraciones que a un perro a la pobre mujer que compran como se compra un caballo: ellos tienen muchas aunque nunca las dejan ver... mujeres legítimas cuatro y concubinas *ad libitum*.

LXXI. Las encierran, las tapan con un velo, las vigilan siempre; apenas si se les permite ver a sus parientes del sexo masculino; de suerte que sus días no corren tan alegremente como los de las damas del Norte, según se supone. La reclusión debe también volverlas enteramente pálidas; y como los turcos odian las largas conversaciones, pasan ellas sus días sin hacer nada, o bañándose, o educando a sus hijos, o haciendo el amor, o vistiéndose.

LXXII. No saben leer y por consiguiente no tartamudean la crítica; no saben escribir y por consiguiente no tienen ninguna pretensión a las musas; jamás se las sorprendió componiendo epigramas o agudezas; no tienen romances, ni sermones, ni piezas teatrales, ni revistas literarias; —¡cuán pronto en los harems hubiera la erudición producido un lindo cisma! Pero felizmente aquellas bellezas no son *marisabidillas*, no cuenta con ningún solícito Botherbys^[25] para hacerles admirar el encantador pasaje del último nuevo poema.

LXXIII. No tienen ellas ningún antiguo y grave rimador que habiendo dedicado toda su vida a la pesca de la gloria en la línea, para sacar sólo de vez en cuando un pescado, continúe todavía pescando con ánimo de negociar, siendo siempre el mismo «Tritón^[26] del pescado menudo»; el sublime de las medianías, el furioso suavizado, el eco y el pedagogo de la escuela de los ingenios femeninos, de los niños poetas —en una palabra, un pobre de espíritu.

LXXIV. Oráculo ambulante de pomposas frases, cuya *garantía* aprobada de ninguna manera es *garantía* en derecho^[27]; zumbando como

las moscas alrededor de la luz de la última novedad, la más sabia de las moscas sabias que hayáis visto jamás; fatigándoos con sus censuras, atormentándoos con sus elogios, exagerando excesivamente la poca reputación que ha conseguido; traduciendo de idiomas de los que ni tan siquiera conoce el alfabeto y sudando arreglos tan mediocres, que sería preferible fuesen malos.

LXXV. Se odia a un autor que únicamente es autor, a uno de esos hombres con uniforme de loco embadurnado de tinta, tan inquietos, tan inteligentes, tan descontentadizos, tan envidiosos que no se sabe qué decirles o qué pensar de ellos, a no ser que se les hinche con un par de fuelles: el refinamiento de las últimas impertinencias de la fatuidad es preferible a esos pedazos de papel, a esas espabiladuras todavía humeantes de la vela que nos alumbra por la noche.

LXXVI. Muchos son los que vemos de esta especie, aunque también vemos otros hombres de mundo, que conocen al mundo como hombres. Scott, Rogers, Moore y los demás buenos poetas que piensan en algo más que en la pluma; pero en cuanto a los hijos de los hijos de la «poderosa madre^[28]», esos espíritus que pretenden tener ingenio, esos hidalgos que no pueden ser hidalgos hay que dejarles con su *el té está servido* de cada día, con su elegante corrillo y con su dama literaria.

LXXVII. Los pobres y buenos musulmanes que menciono no cuentan con ninguno de esos hombres tan agradables o instructivos; solamente uno de ellos les parecería una nueva invención, desconocida como las campanas en un campanario turco. Creo que (si bien los proyectos mejor combinados son con frecuencia los que dan peores resultados), casi valdría la pena de pensionar a un autor misionero, al único objeto de predicarles nuestra costumbre cristiana de las partes del discurso.

LXXVIII. No tienen química que les revele sus gases, ni se les explica la metafísica en un curso, como tampoco ninguna biblioteca circulante^[29] reúne para ellos romances religiosos, cuentos morales y disertaciones sobre las costumbres actuales a medida que ellas pasan; ninguna galería les ofrece

el brillante espectáculo de una exposición anual de cuadros; ellos no contemplan tampoco los astros desde sus tejados y no se dedican (gracias a Dios) a las matemáticas.

LXXIX. ¿Por qué agradezco esto a Dios? No es cosa que importe mucho: tengo mis razones, que sin duda adivináis, y como es posible que no agradasen a nadie, las conservo por mi vida (venidera) en prosa; temo tener una ligera inclinación por la sátira, y entre tanto me parece que cuanto más viejo me hago tanto más me inclino a reír antes que a refunfuñar, aunque el reír nos deje luego después doblemente serios.

LXXX. ¡Oh alegría, oh inocencia, oh vosotras, leche y agua dichosa mezcla de un más venturoso tiempo! En este triste siglo de pecado y de matanza el hombre abominable no apaga ya su sed con una bebida tan pura. No importa, os amo a las dos y a las dos os alabaré; ¡ay! ¡que no podamos ver otra vez el reinado de los confites del viejo Saturno! Mientras tanto bebo a vuestro regreso con aguardiente.

LXXXI. El turco de nuestra Laura no cesaba de mirarla, no a la manera que los musulmanes y sí a la de los cristianos que parece decir: Señora, os dispenso señalada honra, y en tanto tenga a bien miraros, tendréis a bien no moveros. Si las miradas pudieran conquistar una mujer, las del turco habrían conquistado a Laura; pero ella no se dejaba conquistar tan fácilmente, habiendo sostenido por muy largo tiempo el fuego de las miradas para retroceder ante la verdaderamente extraña de ese extranjero.

LXXXII. Empezaba a alborear: a tal hora, vosotras, señoras que habéis pasado la noche danzando o en cualquier otro ejercicio, os aconsejo que os preparéis a abandonar el salón de baile antes que salga el sol, porque cuando empiezan a palidecer las lámparas y las bujías, los vivos colores del día os hacen parecer un poco pálidas.

LXXXIII. He visto en mi tiempo algunos bailes y algunas fiestas y en ellas he permanecido hasta el fin por algún necio motivo; y observaba (pienso que esto no es un crimen) para saber qué dama sostenía mejor la

serie de la temporada^[30]: pero aunque haya visto millares de damas en su esplendor, amables y lindas, que pueden serlo aún, jamás he podido ver más que una, cuya hermosura pudiese desafiar la luz del día después del baile.

LXXXIV. Aunque pudiese no revelaría el nombre de esta Aurora, que no era para mí más que esa admirable creación de Dios, una mujer encantadora, que a todos nos gusta poder admirar. Pero escribir nombres es una falta vituperable; sin embargo si queréis encontrar esa belleza en el próximo baile de París o de Londres, podréis distinguir su rostro eclipsando a todos los demás por su hermosura.

LXXXV. Laura, que sabía que nada podía ganar esperando allí el nacimiento del día, después de haber estado siete horas en el baile entre tres mil personas, creyó justo y razonable el retirarse. El conde estaba a su lado con su chal; estaban ya a punto de abandonar el salón cuando, ¡ved!, los malditos gondoleros se habían colocado precisamente en el sitio donde no debían colocarse.

LXXXVI. En esto se parecen a nuestros cocheros y la causa es exactamente la misma: —el gentío; os aprietan, os empujan, acompañado de blasfemias capaces de destrozar las quijadas y de un alboroto interminable. En nuestro país, velan por la conservación de las leyes nuestras gentes de Bowstreet^[31]; y aquí un centinela se coloca a tiro de vuestra voz; pero no obstante hay allí más juramentos y palabras indecorosas que no se puede mencionar ni tolerar.

LXXXVII. El conde y Laura dieron por fin con su góndola y vogaron hasta su morada sobre la silenciosa onda, hablando de todos los bailes a que habían asistido, de los danzantes y de sus adornos, murmurando un poco de los que a ellos concurrieron. —Pero ¡cuanto fue el terror que sintieron Laura y su amante sentado a su lado, cuando junto a las escaleras de su palacio, vieron de repente ante ellos al musulmán!

LXXXVIII. —«Caballero, dice el conde con semblante muy grave, vuestra inesperada presencia en este sitio me obliga a preguntaros cual es el

motivo; pero quizá es esto una equivocación: así lo espero, y os excuso todo cumplimiento, por atención hacia vos; comprenderéis lo que quiero decir o tendréis que comprenderlo».

—«Caballero, dice el turco, no equivoco por completo.

LXXXIX. —«Esta señora es mi esposa».

Una viva sorpresa se pintó desde luego en el asombrado rostro de la dama; pero allí donde una inglesa se desmaya algunas veces, las mujeres italianas resisten mucho más tiempo: invocan desde luego un poco a sus santos y al momento vuelven en sí en gran parte o completamente, lo que economiza mucho espíritu de estrellamar, sales, agua echada al rostro y cordones cortados, como es de costumbre en semejantes casos.

XC. Laura dijo... —¿que podía decir? ¿Qué? Ni una palabra: pero el conde invitó políticamente al extranjero que estuvo muy sosegado por lo que oyó: Entrad, dijo; semejantes asuntos se discuten mejor dentro de casa; no nos pongamos en ridículo ante el público dando un espectáculo; no reunamos a la gente dando un escándalo; o nos deberán el placer de poder burlarse de todo este asunto.

XCI. Entraron y pidieron el café; —se sirvió ese brebaje que es excelente para turcos y cristianos, aunque aquellos no lo preparen de la misma manera. Entonces Laura bien repuesta o menos perezosa para hablar, exclamó:

«Beppo, ¿cuál es vuestro nombre pagano? Dios me bendiga vuestra barba es espantosamente larga. —¿Como habéis estado tan largo tiempo ausente? ¿no comprendéis que eso estaba muy mal?

XCII. «¿Pero *realmente, verdaderamente* sois un turco? ¿estáis casado con otras mujeres? ¿es verdad que ellas se sirven de sus dedos como tenedor? ¡Ah! ¡He aquí el más precioso de los chales, sobre mi vida! —¿Me lo daréis? Dicen que vosotros los turcos no coméis tocino. ¡Y cuantos años habéis pasado en... —¡Dios me bendiga! jamás yo —¡no, jamás he visto un hombre ponerse tan lívido! ¿estáis enfermo del hígado?

XCIII. —«Beppo, esta barba no os sienta bien; os la haréis afeitar antes de veinte y cuatro horas. ¿Por qué la lleváis tan larga? ¡Ah! yo olvidaba... —Podéis creer que el clima no es ya frío aquí. ¿Cómo me halláis? No saldréis con ese extravagante traje por temor de que no os vea algún curioso y descubra todo el enredo. ¡Cuán cortos tenéis los cabellos! ¡Dios mío! ¡cuán grises se han vuelto!

XCIV. ¿Qué respuesta dio Beppo a esas preguntas? Eso es lo que ya no sé yo. Había sido arrojado sobre la costa donde antiguamente había existido Troya y donde hoy día nada existe; había sido hecho esclavo, como es natural, le habían dado pan y palos en pago de su trabajo; hasta que un día, habiendo abordado en una próxima bahía una banda de piratas, se unió a aquellos bribones, prosperó y llegó a ser un oscuro renegado.

XCV. Pero también había llegado a ser rico; y sus deseos de ver otra vez su tierra natal, una vez rico, habían sido tan vivos, que se había creído obligado a volver a ella y a no pasar su vida surcando los mares. Como a Robinson Crusoe, le entristecía algunas veces el verse solo: ajustó, pues, un buque venido de España, que se hacía a la vela para Corfú; era éste una bella polacra servida por doce remeros y cargada de tabaco.

XCVI. Embarcóse así con riesgo de perder la vida o alguno de sus miembros; él mismo primero y después sus riquezas (adquiridas Dios sabe cómo); y huyó, por temeraria que fuese aquella empresa. Dice que la Providencia le protegió; —lo que es yo no digo nada, por temor de no participar de su opinión: —muy bien. El buque era muy velero; partió y llegó en el tiempo prometido, salvo tres días de calma que sobrevinieron tras el cabo de Bon.

XCVII. Llegaron a Corfú: Beppo trasportó su cargamento, su persona y sus bestias a otro sitio y pasó por un verdadero mercader turco, traficante en diversos géneros, cuyos nombres no recuerdo. Como quiera que sea, él se evadió con esta estratagema, de otra suerte podía haberle costado la vida;

después volvió a Venecia a reclamar su esposa, su religión, su casa y su nombre cristiano.

XCVIII. Su esposa le recibió, el patriarca le rebautizó (y él de paso hizo un presente a la iglesia): quitóse en seguida el traje que le disfrazaba y pidió prestado, por un día, el suyo al conde. Sus amigos le quisieron más, tras su larga ausencia, hallando sobre todo que traía con qué divertirles en sus convites, en los cuales era con frecuencia el blanco de sus burlas; pero yo no creo ni la mitad de cuanto se contaba.

XCIX. De todo cuanto pudo haber sufrido en su juventud, le indemnizó su vejez suministrándole oro y narraciones que contar. Aunque Laura le dio alguna vez motivo para encolerizarse, he oído decir que el conde y él fueron siempre buenos amigos. Mi pluma llega al final de una página, que al acabarse me fuerza a terminar la historia: hubiera sido mi deseo terminarla mucho antes; pero las historias se alargan un poco una vez comenzadas.

OceanofPDF.com



GEORGE GORDON BYRON, sexto barón de Byron (Londres, 22 de enero de 1788 – Mesolongi, Grecia, 19 de abril de 1824), fue hijo del capitán John «Mad Jack» Byron y de la segunda esposa de éste, *lady* Catherine Gordon. Su abuelo fue John Byron, también llamado «Foulweather» («Mal tiempo»), vicealmirante británico que navegó por todo el mundo. Su padre falleció en 1791, a los tres años de vida de George, en la localidad de Valenciennes, en Francia, en una pequeña residencia propiedad de su hermana, a donde había huido tiempo atrás de sus acreedores y del terrible temperamento de su esposa. En su estancia allí, el padre había mantenido a varias amantes y derrochó a su antojo lo que le quedaba del dinero de la familia. Así, a esa edad y en compañía de su madre en Aberdeen, George heredó de su progenitor poco más que deudas y los gastos de su funeral. No obstante, si la herencia material del padre fue poco más que un disgusto para el hijo, no se puede decir lo mismo de la herencia espiritual, pues el joven conservaría su amor por la belleza, el culto a la galantería, y su

inclinación hacia la vida licenciosa. De su madre, en cambio, heredaría el cariño que ésta le ofreció, su dulzura, pero también su atroz temperamento.

OceanofPDF.com

Notas

[1] *Clowns*, bufones, graciosos, payasos. <<

^[2] Palurdos, bobos, nombre que dan los ingleses a los americanos. <<

[3] *Freethinkers* independientes, liberales. (A. P.) <<

[4] Flegeton, río de los infiernos, por el que en vez de agua rodaban torrentes de llamas. (*N. del T.*) <<

[5] Calle de Londres habitada por los ropavejeros (A. P.) <<

^[6] *Rag-faír*, feria de trapos. (*N. del T.*) <<

[7] Esta plaza, cerca de la cual está el teatro del mismo nombre, se llama *Piazza* como en italiano. (*N. del T.*) <<

[8] Soy, salsa muy común en Inglaterra compuesta con las semillas del *dolichos soya*, planta herbácea del Japón. (A. P.) <<

^[9] Calle extensa de Londres, paralela al Támesis. (A. P.) <<

[10] Las muchas salsas y condimentos asombran al extranjero la primera vez que se sienta a una mesa inglesa. Hemos indicado ya de qué se compone el soy, estrofa VII. El ketchup llamado más correctamente *catchup* es una salsa o esencia de setas. M. Hervey, inventor de la salsa que lleva su nombre se ha guardado el secreto de la misma. (A. P.) <<

[11] Jorge Barbarellí, llamado el Giorgione, nació en Castel-Franco en 1177.
Fue pintor de la escuela Veneciana y rival del Ticiano. (A. P.) <<

[12] Quæ septem dici, sex tamen esse solent. (Ovidio.) <<

[13] En inglés el mismo participio *broken*, destrozado, se aplica a los juramentos, a los corazones y a las cabezas. (A. P.) <<

[14] *No more than twenty. (N. del T.) <<*

[15] Giuseppe o José. Beppo es el *Joe* (abreviatura inglesa) del italiano Joseph. (A. P.) <<

[16] *Pretty souls. (N. del T.) <<*

[17] ¿Vale la pena de ser desmentida, esta tan inexacta afirmación? Creemos que no. (*N. del T.*) <<

[18] Las sesiones de las Cámaras empiezan en Inglaterra a las seis de la tarde y continúan algunas veces durante toda la noche. (*N. del T.*) <<

[19] En Londres. <<

[20] Sitio de recreo de Londres. (*N. del T.*) <<

[21] *Mixed. (N. del T.) <<*

[22] Cuando Brummell vióse obligado a retirarse a Francia, no sabía ni una palabra de francés y al objeto de estudiar este idioma se procuró una gramática. Como preguntaran a nuestro Scrope Davies por los progresos hechos por Brummell en la lengua francesa: Dios mío, respondió, Brummell ha sido, como Bonaparte en Rusia, detenido por los *elementos*. He empleado este *calembour* en Beppo. Es un cambio permitido y no un robo. <<

[23] Como Sila, he creído siempre que todo dependía de la fortuna y nada de nosotros mismos. <<

[24] Amor a las mujeres. (*N. del T.*) <<

[25] Se pretende que lord Byron, ha querido retratar aquí al poeta Sotheby.
(A. P.) <<

[26] Semidiós marino, medio hombre y medio pez, que precedía siempre a Neptuno y anunciaba su llegada al son de la concha que le servía de trompeta. (*N. del T.*) <<

[27] *Good in law*, legal, legítima. (*N. del T.*) <<

[28] *Mighty mother*, como Pope llama a la diosa de los necios. (A. P.) <<

[29] *Circulating library*, gabinete de lectura que presta los libros a sus abonados con facultad de llevárselos a su casa por un determinado número de días. En el extranjero están bastante generalizados. (*N. del T.*) <<

[30] Temporada de bailes que en Londres termina en el mes de Julio. (A. P.)

<<

[31] Calle de Londres donde están situadas las oficinas de la policía. (A. P.)

<<

OceanofPDF.com